



el IX. Algunos creen que San Lázaro, arzobispo de Milan, fué el autor de las *letanias* mayores, quizá en ocasión en que les amenazaba Atila; y ciertamente las oraciones que en ellas se rezan, indican un peligro inminente, aunque pueden también aludir á los húngaros que les amenazaban el año 900 cuando probablemente obtuvieron la organización actual. En aquellos tres días era obligatorio el ayuno, y los fieles se echaban ceniza en la cabeza; en los tiempos de ignorancia mezclaban con esto ceremonias profanas, como el colgar flores en las casas y las iglesias, con imágenes mezcladas de viandas y legumbres, huevos, panes, vasos de agua, de vino, de aceite y de leche; las mujeres exponían en los balcones figuras de paño, creyendo con esto conseguir que saliesen bien los partos y la educación de los niños (1).

En el concilio de Nicea (325), se agregó la segunda parte al *Gloria patri*; y la segunda del Ave-María, se añadió después de la condena de Nestorio, como continua protesta en honor de la Madre de Dios.

Los lugares destinados á las reuniones de los primeros cristianos, se llamaban *titulos*, y en ellos se suspendía una imagen, un ramo ó cualquier otra enseña. En Roma había siete, confiados á siete diáconos cardenales, esto es, fundamentales, de donde provienen los títulos que hoy se confieren aún á los cardenales de la Iglesia romana. Este nombre de *cardenales*, común á muchas, y quizá á todas las iglesias bautismales, se restringió después sólo á los electores del pontífice, para quienes se reservó la púrpura desde el año 1242, y el título de eminencia desde 1630.

Los altares eran una mesa sencilla cuadrilátera, ó algunas veces redonda, cubierta de un mantel, sin candeleros ni cruz: un cancel separaba de lo restante de la iglesia el sagrario, donde no entraba nadie, ni aún los emperadores, sino para las oblationes. Cuando celebraba el sacerdote, estaba vuelto hacia la plebe, como se acostumbra aún hoy en algunas basílicas de Roma; y cuando se cambió esta costumbre, de-

(1) Muratori, *Antiq. it. dis.* 41.; *Antich. long. milanenses*; d. XXV.

bia volverse cuando la fórmula se dirigiese al pueblo, ó para bendecirle ó en algunos ritos, como el armenio, para enseñarle el pan sagrado.

En los primeros tiempos, decía la misa el obispo, acompañado de los sacerdotes y los diáconos de este modo. Principiaba con el saludo *El Señor sea con vosotros*; según después las lecciones de la antigua Escritura en Oriente y de las Epístolas en Occidente; cantábase después un salmo, seguía el Evangelio y la homilía del obispo. Entonces se hacía salir de la iglesia á los catecúmenos y á los penitentes, cubriase el altar con el mantel, y el obispo y los sacerdotes colocados al rededor se lavaban las manos, y los fieles se daban el ósculo de paz en Oriente y en la Galia, lo que en Italia y en Africa se hacía antes de la comunión. Los asistentes presentaban las oblationes; y se presentaba al obispo el pan y el cáliz, rogábase por él por el clero, por las personas reinantes, por la paz, por los vivos y los muertos, y se hacía conmemoración de los mártires y de los bienhechores de la Iglesia. Después del prefacio, se consagraba la hostia con las palabras sacramentales, y seguían la acción de gracias y las invocaciones. Partida la hostia, se rezaba la oración dominical, y después el obispo bendecía al pueblo. Alzabase el velo que cubría los santos misterios, comulgaba el obispo, y después el diácono distribuía la Eucaristía, mientras el obispo decía: *Este es el cuerpo del Señor*. Dábanse luego las gracias á Dios, y el obispo saludaba al pueblo diciendo: *La paz sea con vosotros*, y los fieles respondían: *Y con tu espíritu*. Mientras duraba el incruento sacrificio, dos diáconos en los extremos del altar, con abanicos de plumas de pavo real, ahuyentaban los insectos; costumbre que se conserva en la misa papal.

Hasta en los primeros tiempos se hace mención de la misa privada, celebrada por el obispo ó sólo por el sacerdote, sin la comunión de los legos. Los sacramentarios más antiguos contienen misas particulares para los santos, con lecciones de las actas de su martirio; y Tertuliano hace mención de las de los fieles difuntos.

El papa Bonifacio había dispuesto que los



cálices y patenas fuesen de madera, pero el concilio de Tribur (1) conoció que si esto estaba bien cuando los sacerdotes eran de oro, entonces, que eran de madera, convenía que los vasos sagrados fuesen de metal precioso. Ya en tiempo de San Ambrosio tenía la iglesia ornamentos de gran valor, coronas pendientes sobre los altares, lámparas, incensarios, cubiertas de códigos, dípticos, que eran unas tablitas en que se escribían los nombres de los bienhechores de la Iglesia para hacer conmemoración de su nombre en la misa. En casos de necesidad, se vendían estas preciosidades para socorrer á los pobres, redimir esclavos, y ensanchar los cementerios (2).

El pueblo asistía á la misa de rodillas ó inclinado hacia la tierra (3); y la acción sagrada creían que principiaba después del Evangelio cuando se deseaba á todos la paz (4). Dicen que el papa Simaco introdujo el *Gloria in excelsis* para los domingos y fiestas de los mártires. En la Iglesia romana no se recitaba el *Credo* en la misa, é inmediatamente después del Evangelio predicaba el papa ó el obispo: San Cesáreo hasta hacía cerrar las puertas para que no salieran los que habían participado del Evangelio, y les decía: *¿Adónde vais? El día del juicio no os será permitido escucharme*. En los primeros tiempos no se escribía el cánon por respeto al misterio, pero se transmitía por tradición oral para que no fuese nunca profanado. Antes de la consagración parece se cubrían las cosas secretas, echando un velo al altar, como lo practica la iglesia griega, ó cubriéndole con el pabellón que hay encima de él (5).

(1) Cerca de Maguncia, año 895, can. 18.

(2) San Ambrosio, *De off. eccl.*, II, 28.

(3) Id. In. ps. 118, oct. 20.

(4) Beroldo dice que en el siglo XII un diácono del altar intimaba antes del Evangelio el «Parcite fabulis» y dos custodios añadían «Silentium habete.» Esto se practica todavía en la iglesia metropolitana de Milan en el oficio pontifical. ¿Indicará que los fieles tenían la costumbre de hablar en este lugar? Mur. *Ant. ital. dis.* LVII, p. 862.

(5) «No todos ven los altos misterios, pues éstos se ocultan por los levitas, á fin de quitarlos de la vista de aquellos que no está bien que los vean.» San Ambrosio, *De off. eccl.*, I, 10.

En tiempo de Inocencio III mandó en Colonia el legado Guido Paré que al alzar se tocara la campanilla y se arrojase el pueblo; y que cuando se llevase el viático, el monaguillo fuese delante tocando. Al tiempo de la comunión se daban el ósculo de paz mientras estuvieron los hombres separados de las mujeres; después, en su lugar, se dió á besar una cruz y una reliquia. Por orden del papa Sergio se recitó el *Agnus Dei* al partir el sagrado pan.

El concilio de Auxerre del año 538 decretó que no se pudiese celebrar más de una misa al día en un mismo altar; el de Compostela, del año 1056, dispuso que obispos y sacerdotes dijese misa todos los días, cuando no estuviesen impedidos (1), y se pretende que sólo el concilio romano de 1603 prohibió que dijese más de una al día, obra que antes se tenía por meritoria.

Las pilas para el agua bendita que se ponen á la entrada de las iglesias están también tomadas de los ritos paganos; el cepillo para las limosnas se introdujo en tiempo de las cruzadas. Preferíase el aceite para el alumbrado, reservándose la cera para las procesiones, y sirviéndose de unos candeleros de muchos brazos llamados árboles, adornados con mucho gusto (2).

Los que se quejan del excesivo número de días festivos que introdujo la Iglesia, deben tener en cuenta que en estos días se llevaba al pie de los altares una multitud ignorante, y se procuraba descanso á los esclavos condenados á trabajar y sin tregua ni provecho; y debe admirarse la previsión con que esta madre amorosa dirigía todas las cosas para bien de los afligidos (3).

La serie de las solemnidades eclesiásticas comienza por el Adviento, preparación á la Natividad de Jesucristo. Esta solemnidad, posterior á la de Pascua de Pentecostés y de la Ascension, parece que se fijó en Roma en el mismo día en que los paganos celebraban la vuel-

(1) Labre, t. IX, f. 1087.

(2) Uno hay todavía en la catedral de Milan.

(3) «En la obra de Herodoto se quejan los sacerdotes egipcios de la tiranía de Cheap, que para fabricar su pirámide disminuyó los días festivos.»



ta del sol: en ella se hacian regalos y donativos, sin olvidar á los pobres (1). El principio del año se celebraba por los gentiles, disfranzándose los hombres de mujeres y vice versa, y á veces tambien de bestias, y pasando el dia en cantos, bailes, espectáculos y comilonas, por lo cual se llamaba la fiesta de los locos (2). Costó gran trabajo desterrar esta costumbre, que subsistió principalmente en Roma hasta el siglo VIII, á pesar de haber sido reprobada por los concilios, y haberla sustituido con los recuerdos de la juventud de Cristo.

Como entre nosotros la Natividad, la fiesta principal para los griegos era la Epifanía, instituida por lo ménos desde el siglo IV en memoria del bautismo de Cristo y del milagro de Caná. Despues se introdujo tambien en Occidente para celebrar la manifestacion á los gentiles, por lo cual se hacian procesiones para celebrar la venida de los Magos, que la tradicion vulgar supuso reyes, dándoles á cada uno patria, nombre y color (3). En este dia se procla-

(1) Posteriormente, en Milan, en las fiestas de San Ambrosio y San Estéban, el arzobispo bendecia doce medidas de vino que despues distribuian entre los pobres. Por la Natividad iban los sacerdotes y diáconos á la curia con capa pluvial, y allí los recibia el arzobispo diciendo: *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis*, y todos respondian: *Deo gracias*, añadiendo despues el beso de las manos y de la boca. Despues de tomar asiento el arzobispo, regalaba al vizconde una fécula y un par de guantes, y otro par al hostiario, y además un cirio, á los que debian servir aquel dia en la mesa el primer plato: Beroldo, *MS. de la biblioteca de la catedral*.

(2) «Hé aquí que se aproximan las calendas y sale toda la pompa de los demonios; sale toda la oficina de los ídolos, y con antiguos sacrilegios se consagra el año nuevo. Figuran en esta fiesta Saturno, Júpiter, Hércules; expónese á Diana, se lleva en procesion á Vulcano... Disfranzándose los hombres de animales, los varones en mujeres, quebrantan la honestidad, pierden el juicio, se rien de la pública censura... Para teñir la cara á estos dioses, no hay carbon que baste; y para llenar de horrores su vestido, se buscan por todas partes, pellicas, pieles y estiércol... Los cristianos los admiten en sus casas, los cristianos los reciben en sus casas.» *Frag. ined. de San Agustín*.

(3) El arzobispo de Milan iba en solemnisima procesion hasta San Eustorgio, donde se creia que reposaban los cuerpos de los Magos en un arca que todavia se conserva, y de donde se dice se sacaron en tiempo de Barbarroja para llevarlos á Colonia. La procesion representaba á lo vivo la comitiva de los tres reyes con la pompa á que era tan aficionada la Edad Media.

maba y despues se suspendia de un cirio la *tabla pascual*, efeméride de las fiestas movibles; y áun hoy dia se anuncia en las catedrales en esta fiesta el dia en que se celebrará la Pascua.

La Candelaria de principios de Febrero substituyó á las lupercales de Evandro ó á una fiesta en honor de Céres, en que con antorchas encendidas se iba en busca de la robada Proserpina, ó bien á los sacrificios ambarbales en honor de los dioses del infierno; su introduccion se atribuyó á San Gelasio I, y Justiniano la impuso por ley en 542. Quizá sea tambien resto de los ritos gentílicos el Carnaval, á cuyos desórdenes se opuso continuamente la Iglesia. En Oriente se hizo por primera vez mencion de la Anunciacion en el concilio Trullano del año 692.

Los únicos ayunos obligatorios para los primeros cristianos eran los que precedian á la Pascua (1) en memoria de la pasion de Jesucristo, creyéndose que habian sido prescritos por aquellas palabras del Evangelio: «Mas vendrán dias en que les será quitado el esposo y entonces ayunarán (2).» Habia otros de pura devocion, como hemos dicho, de la cuarta y sexta feria, esto es, el miércoles y viérnes de cada semana; algunos eran ordenados por los obispos en las necesidades de la Iglesia, ó cada fiel los elegia, por devocion particular. El ayuno de la cuaresma no se quebrantaba más que al declinar el dia (3); los demas á la hora de nona. Las cuatro témporas, ayuno que se practicaba al principio de las cuatro estaciones, fueron establecidas en la Iglesia romana hácia la mitad del siglo V, quizá en lugar del ayuno voluntario de cada semana; este uso se extendió tambien al Oriente.

Como el ayuno de la cuaresma no tenía lugar los sábados ni los domingos, es probable que comenzase en el dia que despues se llamó de sexagésima, y áun en Oriente de septuagésima. En este tiempo de penitencia estaban vedadas las bodas, cubiertos de luto los altares, y durante la cuaresma no se probaba la carne;

(1) *Const. Apost.* v. c. 18.  
(2) San Mateo, IX, 15.—S. Marcos, II, 20.  
(3) San Ambrosio, *In ps.* 118 num. 46.



algunos usaban la xerofagia, esto es, carnes secas, absteniéndose de manjares vinosos y suculentos; otros tomaban pan y agua y los más legumbres (1).

Bastante tiempo despues se permitió comer de vigilia ó de pescado, y hasta el pasado siglo no se consintió comer carne. Durante este tiempo se exorcizaba en Milan frecuentemente á los catecúmenos con sal, ó se les instruia en el Catecismo; si eran niños, sólo á un simulacro de ésta, y por un cilicio bendito se pasaba una gran piedra con el monograma de Cristo (2); en Alberstad, en la Baja Sajonia, todos los años andaba por toda la iglesia sin descanso y con los piés desnudos un ciudadano haciendo penitencia en nombre de todos; cuando llegaba el Jueves Santo era absuelto y con él toda la ciudad.

El uso de no decir misa los viérnes de cuaresma, que para la iglesia griega fué confirmado por el concilio de Laodicea (3), y que se conserva en el rito ambrosiano, es muy antiguo. El domingo de Pasion se hacia la tradicion del simbolo á las personas competentes; pero en los tiempos de San Ambrosio todavia no se bendecian los ramos de olivo, fiesta que se introdujo poco despues y que se celebraba en Milan con caprichosas ceremonias. Alabrarse la iglesia subia el arzobispo en un rico palafren, y guiado por un soldado de la familia de Ro, iba á cantar misa á la basilica Ambrosiana, cuyo abad le salia á recibir hasta el Carrobio, presentándole un *palmorerio* y una trucha. Decia la tradicion que San Ambrosio habia sanado á un leproso, y que este mal se habia perpetuado en la familia de aquél; por lo cual el lunes *in autentica* venian tres leprosos de esta familia, y el arzobispo, despues de haberlos bendecido, asperjado con agua lustral é incensado, les conducia al baño junto á la puerta Tesinesa, donde un sacerdote les lavaba y peinaba la cabeza; cuando concluia esta ope-

(1) Tertul. y Origenes, *Homil.* X, *in Levit.*  
(2) Llamábase *chrismon*, y uno de ellos hay todavia detras del coro de la catedral de Milan con esta figura A P Ω.  
(3) Del año 563, cán. 46.

racon eran vestidos con ropas nuevas; el arzobispo (1) les lavaba el pié derecho, lo enjugaba y besaba, y se daba con él tres golpes en la cabeza. Culto dado á la desgracia, muy conforme con las inspiraciones cristianas y con las ingenuas costumbres de la Edad Media.

El Jueves Santo era desde muy antiguo el dia destinado á reconciliar á los penitentes, á quienes el obispo, despues de amonestados, introducía en la iglesia con el báculo pastoral, dándoles el ósculo de reconciliacion. Consagrábase los óleos, cantábase una misa y comulgaba el pueblo; el obispo lavaba los piés á los sacerdotes, y el Sacramento se ponía escondido en la sacristía, cesando por aquellos dias los himnos y los misterios. El sábado, ó mejor dicho la noche ántes de la Pascua, se conferian á los catecúmenos el Bautismo, la Confirmacion y la Eucaristía.

Cuando la solemnidad de la Pascua invitaba á la alleluya á los fieles todos, hasta los solitarios en sus yermos aflojaban la penitencia; San Pacomio sazónaba las hierbas con aceite; San Benito permitía un alimento mejor; San Antonio se echaba sobre los hombros una túnica de hojas de palma que le habia dejado un antecesor suyo. Entre las gentes se solia bendecir un cordero cocido, para hacer con él la primera comida despues del ayuno de la cuaresma, y muchas veces habia danzas en las iglesias ó en los cementerios. La bendicion del cirio pascual se remonta á los tiempos del papa Zósimo, y en este cirio se escribian la cifra de la epacta y de la indiccion y el año despues de la Encarnacion. De este cirio se tomaban algunas porciones, que se distribuian al pueblo en la dominica *in albis*, para colocarlas en las casas y en los campos, como devocion y como preservativo contra las desgracias; de aquí vinieron despues los *agnus dei*. Los bautizados, que toda la semana de Pascua (*in albis*) habian llevado vestiduras blancas, las dejaban

(1) Sin embargo, el título de arzobispo no se encuentra dado al metropolitano de Milan ántes del año 777, en que en un pergamino del monasterio de San Ambrosio se lee: *Domnus Thomas archiepiscopus mediolanensis*.